

CELCIT. Dramática Latinoamericana 199

EL LADO DE GUERMANTES

Ricardo Prieto

Personajes: 4

Marta

Lucía

Alfredo

Ramón

El comedor de una casa antigua. Marta está sentada en un amplio diván. Tiene puesto un espléndido y decadente vestido de noche, y su semblante denota soledad y exaltación.

Entra Lucía, la mucama.

Marta: ¿Están preparadas las habitaciones?

Lucía: Sí, señora marquesa.

Marta: ¿Pusiste lilas junto a la cama del señor Proust?

Lucía: Puse.

Marta: ¿Y en el cuarto de la duquesa?

Lucía: Rosas, como me ordenó.

Marta: Cuando el marqués baje de sus habitaciones dile que quiero hablar con él.

Lucía: Lo haré.

Marta: Y no olvides recordarle a Ramón que la naranjada debe estar bien fría, como le gusta al señor Proust.

Lucía: Se lo dije esta mañana.

Marta: Repíteselo.

Lucía: Está bien, señora: lo haré. (PAUSA BREVE. LUCÍA VERIFICA SI LA MESA ESTÁ BIEN DISPUESTA.

Marta: Dame esa copa. (LUCÍA LE ENTREGA LA COPA Y MARTA LA EXAMINA.) Está empañada. Siempre que recibo a mis invitados ocurre algo así. (LE ENTREGA LA COPA A LUCÍA Y ESTA LA LIMPIA.) ¿Cuándo aprenderán a ser eficientes? (LUCÍA NO RESPONDE.) Cierra las cortinas.

Lucía: Todavía hay luz.

Marta: Te ordené que las cierres. (LUCÍA CORRE LAS CORTINAS Y ENCIENDE LOS CANDELABROS.) No te olvides de iluminar toda la casa apenas lleguen.

Lucía: Sí, señora marquesa.

Marta: Y cuando le quites el tapado a la duquesa no presiones los dedos sobre su piel. Eso le molesta.

Lucía: Yo...

Marta: (LA INTERRUMPE.) No te defiendas. Deberías advertir que le causa repulsión que la toquen.

Lucía: (CON FALSA HUMILDAD.) Soy suave, como me pidió la señora marquesa.

Marta: No lo suficiente. (LA CONTEMPLA DESPIADADAMENTE.) Y quisiera saber por qué. (SE OYEN CAMPANADAS.) Pronto estarán aquí. ¿Pusiste cigarros en la caja dorada?

Lucía: Sí, señora.

Marta: ¿Estás segura?

Lucía: Por supuesto.

Marta: Será mejor que lo compruebes. (LUCÍA OBEDECE.) Cuando lleguen los músicos diles que pasen a la recámara.

Lucía: (CON MIEDO.) ¡Ay! ¡Olvidé decírselo, señora!

Marta: (CON FURIA CONTENIDA.) ¿Qué olvidaste decirme esta vez?

Lucía: Los músicos avisaron que no podrán venir.

Marta: (CON ANGUSTIA.) ¿Cómo es posible? ¡Le prometí al señor Proust que oiría la sonata de Vinteuil!

Lucía: (SE INCLINA.) Discúlpeme.

Marta: ¿Por qué serás tan estúpida? ¿Qué haré ahora? Oriana de Guermantes, que

también vendrá, ridiculizará esta velada en todos los salones de París.

Lucía: (TÍMIDAMENTE.) ¿No podríamos contratar a otros músicos?

Marta: Faltan pocos minutos para que los invitados lleguen, imbécil. (UN SILENCIO.) ¿Qué estás haciendo parada ahí? Fíjate si Ramón tiene todo listo.

Lucía: Sí, señora marquesa. (SE RETIRA RÁPIDAMENTE. PAUSA EXTENSA.)

Marta: ¡Cuánta alegría me causa verlo, queridísimo señor Proust! (DETIENE SU ENSAYO PORQUE ESTÁ CONTRARIADA.) ¡Qué felicidad me produce su presencia en esta casa, admirado Marcel! Fue muy bondadoso cuando aceptó mi invitación.

¡Ay! Tengo que decirle algo terrible. ¿Sus delicados oídos podrán soportarlo? (BREVE SILENCIO.) Los músicos no vendrán y usted no podrá oír la sonata de Vinteuil que tanto ama. ¿Podrá perdonármelo? (ENTRA ALFREDO. SE DETIENE Y CONTEMPLA A SU MUJER DESDE LEJOS. MARTA CONTINÚA ENSAYANDO SIN REGISTRAR SU PRESENCIA.) Acaban de avisarme y no tuve tiempo de contratar otros músicos. (IMPLORANTE.) Si me lo permite, yo misma ejecutaré al piano la sonata.

Alfredo: Querida...

Marta: ¿Me perdonará si lo hago mal? (ALFREDO TOSE O GOLPEA RÍTMICAMENTE Y CON AGRESIVIDAD EL ZAPATO SOBRE EL PISO. DESPUÉS REPITE SU PARLAMENTO CON PULIDA Y REBUSCADA DELICADEZA.)

Alfredo: Querida...

Marta: (SALIENDO DEL TRANCE.) ¿Estabas ahí?

Alfredo: ¿Querías hablar conmigo?

Marta: Sí: debo hacerte algunas advertencias. (SILENCIO.) No hagas ninguna alusión a la abuela del señor Proust. Es un hombre muy sensible y la muerte de esa mujer le ha afectado mucho.

Alfredo: (MIENTRAS SE CONTEMPLA EN UN ESPEJO.) De acuerdo.

Marta: (TENSA.) Escúchame.

Alfredo: Lo estoy haciendo.

Marta: Estabas mirándote en el espejo.

Alfredo: Oí lo que dijiste.

Marta: (CON ANGUSTIA.) Necesito que me mires. (ALFREDO SE DA VUELTA

LENTAMENTE Y LA MIRA.) Tampoco le preguntes a Oriana por el duque. (BAJANDO LA VOZ, CON RESENTIMIENTO.) Se enemistó con él por causa de su nueva... amante. (ALFREDO SONRÍE. MARTA PARECE SOFOCADA.) Dije que se enemistó con él por culpa de su amante.

Alfredo: Oí muy bien.

Marta: Convendrá que nos hagamos los desentendidos, como si el duque no existiera.

Alfredo: ¿No le parecerá descortés?

Marta: No. Le parecerá exquisito. Oriana considera que es una vulgaridad la mención de algo desagradable que la incumbe sin afectarla.

Alfredo: (BURLÓN.) ¿Cómo? ¿No le importa que el marido tenga una amante?

Marta: (CON ANGUSTIA.) Es casi seguro. (ALFREDO RÍE .) ¡No te rías de algo tan horrible!

Alfredo: ¿Horrible?

Marta: Sí: horrible. Y a veces me pregunto si Oriana no será un monstruo. (ENTRA LUCÍA.)

Lucía: Los señores acaban de llegar.

Marta: (EXALTADA.) ¿Encendiste las luces del salón?

Lucía: Sí, señora marquesa. (SE INCLINA BURLONAMENTE Y SALE.)

Marta: (A ALFREDO.) Vamos.. (SE OYE UNA MELODÍA O, MÁS BIEN, UNA SUCESIÓN DE SONIDOS APARENTEMENTE INCONEXOS PERO FUSIONADOS POR EL TERRIBLE IMPULSO QUE LOS ORIGINA. EL ESOTERISMO DE ESA MELODÍA FRAGMENTADA Y DESPOJADA DE LIRISMO, DEBE TRANSFORMARSE EN LA PROLONGACIÓN DE LA ANGUSTIA Y LA LOCURA QUE LO ANTECEDIÓ. OSCURIDAD TOTAL.

LA COCINA. RAMÓN, EL COCINERO, ESTÁ TRABAJANDO MIENTRAS LUCÍA ENTRA Y SALE INTERMITENTEMENTE.

SE OYEN MURMULLOS Y RISAS VELADAS QUE PROVIENEN DEL COMEDOR. ENTRA LUCÍA TRANSPORTANDO UNA BANDEJA.

Ramón: (CON IRONÍA.) ¿Y? ¿Qué nos cuenta hoy el tal Proust?

Lucía: Lo de siempre. Habla de su novela y de ese tal Dreyfus que lo tiene muy preocupado.

Ramón: ¿Y la loca?

Lucía: Lo adula y se deshace en muecas mientras el marido...

Ramón: (LA CORRIGE.) El marqués.

Lucía: (RÍE NERVIOSA.) Bueno... mientras el "marqués" habla con la "duquesa".

Ramón: Hay que llevar el salmón.

Lucía: Prefiero esperar a que me llame. La última vez que entré a destiempo me tiró la campanilla sobre la cabeza.

Ramón: ¡Cómo se habrá asombrado Proust!

Lucía: No podría asombrarse. (CON ANGUSTIA.) ¿Verdad?

Ramón: (SORPRENDIDO.) Claro. (PAUSA.)

Lucía: ¡Estoy harta de vivir fingiendo, y de las conversaciones con gente que no existe, y de este uniforme ridículo, y de la obligación de no cometer errores! "Sí, duquesa", "Disculpe, señor Proust". ¡No aguanto más! (RAMÓN SE ACERCA A ELLA.)

Ramón: El sueldo es muy bueno. (LA ACARICIA.) ¿O no?

Lucía: (SEPARÁNDOSE ABRUPTAMENTE.) ¡Suélteme!

Ramón: Le da demasiada importancia a las pavadas.

Lucía: ¡No soporto que me toque con esas manos sucias!

Ramón: Quise decir que les da demasiada importancia a ellos.

Lucía: (CON ANGUSTIA.) Me miraba mientras yo le servía la copa al señor Proust. De pronto pensé que iba a matarme. (LA IMITA.) "Lucía: ¿no oyes que el señor Proust está diciendo basta?". (TAPÁNDOSE LOS OÍDOS.) ¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Ramón: (SIEMPRE BURLÓN.) ¿Por qué no le preguntó dónde estaba el señor Proust? ¡Sí! ¿Dónde está ese fantasma, divina loca, yegua insoportable? (RÍE A CARCAJADAS.)

Lucía: (CON FURIA.) ¡Cállese! ¡No se ría más!

Ramón: ¿Qué quiere que haga? ¿Que lllore?

Lucía: Siempre se está riendo de todo.

Ramón: Yo que usted me divertiría un poco más con lo que pasa aquí. (SE OYE LA

CAMPANILLA. LUCÍA COLOCA LOS PLATOS EN LA BANDEJA Y SALE. RAMÓN EMPIEZA A SILBAR. PAUSA EXTENSA.)

Lucía: (ENTRA FURIOSA.) ¡Perra!

Ramón: ¿Qué pasó?

Lucía: ¡Perra! ¡Perra!

Ramón: Vamos, no haga tanto drama. ¿Qué le hizo?

Lucía: Dijo que pisé a la duquesa. "¡Burra!", me gritó. "¿No ves que estás pisando a Oriana? Sus ojos me asustaron. Traté de defenderme: iba a decir que no la veía, que Oriana no estaba allí... Entonces me dio un golpe en la cara.

Ramón: Está sangrando. (INTENTA CURARLA.)

Lucía: ¡No me toque! ¡No quiero que me toque nadie!

Ramón: No se ponga así, preciosa. Ya la conoce. Y sigo sin entender por qué trabaja para ella.

Lucía: Usted también lo hace.

Ramón: A mí no me pega. Pero a usted... ¿qué le atrae de esta casa?

Lucía: (CON IRA.) ¡No me haga más preguntas!

Ramón: ¿Por qué le molestan mis preguntas?

Lucía: Terminemos con esto. Se lo suplico. (SE OYE LA CAMPANILLA.) ¡Otra vez! (SALE. PAUSA EXTENSA. REGRESA RIENDO HISTÉRICAMENTE Y DEPOSITA SOBRE LA MESA LOS PLATOS QUE TRAE EN LA BANDEJA, DOS DE LOS CUALES ESTÁN INTACTOS.)

Ramón: ¿Y ahora? (LUCÍA CONTINÚA RIENDO.) Cuénteme. Debe ser muy divertido.

Lucía: El "marqués" le reprochó a Oriana que no lo hubiese invitado a su palacio cuando estuvo en París la reina de Nápoles, y Oriana le contestó: "Compréndame, señor marqués, no podía presentarle un noble bastardo a la reina".

Ramón: (BURLÓN.) ¿Pero usted cómo lo sabe?

Lucía: ¿Qué quiere decir?

Ramón: Bueno, Oriana...

Lucía: (LE INTERRUMPE.) ¿Por qué es tan idiota? Lo sé por la señora. El "marqués" golpeaba la mesa indignado y ella le reprendía: "Querido, querido mío, no le digas cochina a la duquesa". (RÍEN ESTRIDENTEMENTE.) Y después le dijo a

Oriana: "Nuestra familia está emparentada con las mejores casas de Europa, duquesa. No nos ofenda".

Ramón: (MUY DIVERTIDO.) ¡Emparentada con las mejores casas de Europa! ¡Qué gracioso! ¿Y qué pasó después?

Lucía: Ya le dije: la duquesa se retiró muy ofendida y la "marquesa" empezó a insultar al marido mientras me miraba a mí.

Ramón: (CÁUSTICO.) ¿Es raro, no?

Lucía: Tengo miedo.

Ramón: (SARCÁSTICO.) ¿De qué? (LUCÍA NO RESPONDE. RAMÓN RÍE CON ESTRIDENCIA.)

Lucía: ¡No se ría así!

Ramón: Vamos. Dígame de qué tiene miedo.

Lucía: (EXASPERADA.) ¡No le importa!

Ramón: Creo que lo sospecho. (PAUSITA.) Tiene miedo porque está comprendiendo que la loca no es tan boba.

OSCURIDAD.

MARTA Y ALFREDO BEBEN EL CAFÉ. ESTÁN SENTADOS EN AMPLIOS DIVANES. LOS ACTORES DEBEN SUGERIR LA PRESENCIA DE PROUST, CON QUIEN HABLARÁN Y A QUIEN ESCUCHARÁN Y MIRARÁN COMO SI ESTUVIESE JUNTO A ELLOS.

Marta: (RIENDO SOFISTICADAMENTE. A PROUST.) Su admiración por Bergotte me alegra mucho. Creo que es una de las glorias vivas de nuestras letras.

Proust: (HABLA.)

Marta: Claro, claro. (A ALFREDO.) ¿Estás de acuerdo, Alfredo?

Alfredo: (QUE ESTABA ENSIMISMADO.) Por supuesto. Creo que Bergotte es un gran escritor.

Marta: (A PROUST, BAJANDO LA VOZ.) Él estaba pensando en Oriana. Le perturban las escenas chocantes.

Proust: (HABLA.)

Marta: ¡Usted es extraordinario! ¡Cómo comprende todo! La señora de Noailles,

no sé si se lo dije, está extasiada por la forma en que la describe en una carta.

¿Verdad, Alfredo?

Alfredo: "Usted es como aquella diosa cartaginesa que inspiraba a todos ideas de lujuria y a algunos deseos de piedad y fervor."

Proust: (HABLA.)

Marta: La señora de Noailles le admira mucho.

Proust: (HABLA.)

Marta: (A ALFREDO.) ¡Qué hombre inteligente y sensible! ¡Qué manera de describir la personalidad de una amiga! (A PROUST.) ¿Quiere tomar otro café?

Pasaremos un fin de semana inolvidable. (CON TERNURA.) Preparé para usted la habitación situada en la parte más alta de la casa, la que da a un paisaje parecido al de Combray.

Alfredo: (A PROUST.) Cuando usted viene Marta se esmera como nunca.

Marta: (CON INFINITA TERNURA.) ¡Lo hago con tanto gusto!

Proust: (HABLA.)

Marta: (CONMOVIDA.) Gracias, gracias. (BREVE SILENCIO. LE CONTEMPLA.) ¿Le agradecería ver los nuevos ejemplares que adquiriré para mi invernadero?

Proust: (HABLA.)

Marta: Condúzcame, por favor. Sé que sus manos delicadas y firmes sabrán guiarme con amor. (MARTA ENTRECIERRA LOS OJOS Y SE DIRIGE LENTAMENTE, CONDUCTA POR PROUST, HACIA EL MISTERIOSO INVERNADERO LLENO DE OXIACANTOS Y SOMBRAS. PAUSA EXTENSA. ENTRA LUCÍA. ALFREDO SE ACERCA A ELLA.)

Alfredo: (LA ABRAZA.) ¿Nos vemos esta noche?

Marta: ¡No me toque! (EMPIEZA A RETIRAR EL SERVICIO DE LA MESA.)

Alfredo: (CON SENSUALIDAD.) Contestame.

Marta: (SEPARÁNDOSE.) ¿No me oyó?

Alfredo: ¿Qué pasa? (LA ABRAZA NUEVAMENTE.)

Lucía: (MUY NERVIOSA.) ¿Se volvió loco? ¡Ella está al lado!

Alfredo: (TRATANDO DE BESARLA.) ¡No me importa!

Lucía: (SEPARÁNDOSE ABRUPTAMENTE.) ¡Déjeme tranquila!

Alfredo: Anoche no decías eso.

Lucía: Anoche era anoche y ella no estaba allí. (MARTA SOLLOZA.) ¡Óigala!
(ALFREDO INTENTA ACERCARSE OTRA VEZ PERO LUCÍA LE AMENAZA.) ¡No se acerque!

Alfredo: Olvidate de esa loca. Está soñando que pasea con un fantasma por el invernadero. (RÍE HISTÉRICAMENTE.) Vamos, dejame que te bese.

Lucía: ¡Si me toca me pondré a gritar! (CAMINA HACIA LA COCINA.)

Alfredo: ¿Puedo ir a tu cuarto esta noche?

Lucía: ¡Le dije que no!

Alfredo: ¿Estás jugando conmigo?

Lucía: ¡Quién habla! (ALFREDO LE IMPIDE EL PASO.) ¡Déjeme salir!

Alfredo: Esta noche voy a ir.

Lucía: Ni lo intente.

Alfredo: ¿Te atreverías a impedir que entre?

Lucía: Soy la dueña de mi cuarto.

Alfredo: Tu cuarto está en mi casa.

Lucía: Tengo entendido que esta casa es de la "marquesa". (AUTORITARIA.)
¡Déjeme pasar!

Alfredo: ¡No! (LE IMPIDE MOVERSE.) ¿Así que te dijeron que esta casa no es mía?

Lucía: Sé muy bien que aquí no hay nada suyo.

Alfredo: ¿Y vos? (LA BESA.)

Lucía: ¡Suélteme!

Alfredo: Contestame... ¿Y vos?

Lucía: Yo menos que nada. ¡Suélteme! ¡Ella va a venir!

Alfredo: Esta noche voy a tirar la puerta abajo si no la abris.

Lucía: No creo que se anime.

Alfredo: Soy capaz de eso y mucho más. (LUCÍA SE RÍE.) Puedo entrar a la habitación y atarte y violarte.

Lucía: (DESAFIANTE.) ¡Atrévase! (CON ODIO.) ¡Lo mataré!

Alfredo: ¿Serías capaz?

Lucía: No me conoce. (SE OYE LA VOZ DE MARTA.) ¡Ya viene! ¡Déjeme ir!

(ALFREDO LE PERMITE PASAR.)

Alfredo: ¿Serás mía otra vez?

Lucía: ¡Váyase a la mierda! (LUCÍA SALE. ENTRA MARTA LENTAMENTE. LE SUSURRA A PROUST PALABRAS AL OÍDO. SU MELANCÓLICO ROSTRO NO PARECE DE ESTE MUNDO.) Cuando termine de escribir su novela el mundo entero le rendirá el homenaje que se merece.

Proust: (HABLA.)

Lucía: No sea modesto. Su genialidad merecería nuevos adjetivos creados solo para alabarla. (A ALFREDO.) ¿Sabes que el señor Proust está finalizando "A la búsqueda del tiempo perdido?"

Alfredo: (SINUOSAMENTE.) Estoy muy impaciente por leerla.

Proust: (HABLA. ENTRA LUCÍA Y DEPOSITA SOBRE UNA MESITA LA BANDEJA CON EL SERVICIO DE CAFÉ.)

Marta: Es admirable oírlo hablar de su talento con tan exquisita humildad. Y me emociona contemplar su mirada dolorida y hastiada. ¡Se parece tanto a la mía! Alfredo no podría entenderlo. (A ALFREDO.) ¿Verdad, querido? (A PROUST.) Cada vez que lo miro descubro detrás de sus maneras mundanas una capacidad de comprensión que me serena, señor Proust. ¡Si se quedara a vivir con nosotros!

Proust: (Habla.)

Marta: (CON TRISTEZA.) Sí: ya sé que es imposible. ¡Pero me siento tan sola!

Alfredo sale mucho y cuando está en casa lee, pasea por el jardín o se esconde.

Alfredo: (CON CAUTELA.) El señor Proust pensará que te abandono.

Marta: No quise decir eso. (CON ANGUSTIA, A PROUST.) ¿Me comprende? Alfredo siempre está aquí, en el castillo, pero necesito a mi lado alguien que pueda entender que siento miedo.

Alfredo: (SUPLICANTE.) Marta...

Marta: Es así. No me interrumpas. Quiero decirle todo al señor Proust. Necesito que me conozca y quiero que me ayude. Los escritores suelen ser más sensibles que los demás seres humanos. (A PROUST.) ¿Verdad que me comprende?

(BAJANDO LA VOZ.) Estoy rodeada de seres malsanos.

Alfredo: (MOLESTO.) Por favor, Marta.

Marta: Sí: malsanos. Por ejemplo Lucía, la mucama. ¿Me creerá si le digo que no sale nunca? "Lucía: ¿por qué no te tomas tu día libre?", le pregunto siempre. Pero ella me mira de manera extraña y da vuelta la cara. (CON ANGUSTIA.) Hace un año que está enclaustrada aquí. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué pretende?

Proust: (HABLA.)

Marta: No, no es sicótica. Es una muchacha común, vital, agradable. ¿Verdad, Alfredo?

Alfredo: Sí: claro que es muy agradable.

Marta: Y muy sensible. A veces, cuando la castigo, se pone a llorar.

Alfredo: La persona más sensible que hay en este castillo es Marta, señor Proust. El exceso de sensibilidad no la deja vivir.

Marta: (A PROUST.) Créame que no exagero. Hoy desperté cuando amanecía y me sentí mal. Llamé a Alfredo y a Lucía porque son las únicas personas que viven conmigo. (CON TRISTEZA.) Pero no vinieron. (RECREANDO VÍVIDAMENTE SU DESPERTAR.) Yo creía que me ahogaba... Me faltaba el aire y sentía miedo de morirme sola en la cama... Las piernas no me respondían y no podía llegar hasta la habitación de Alfredo para suplicarle que me ayudara. (SIEMPRE A PROUST, AHORA CON DESESPERACIÓN.) ¿Cómo se puede dejar sola a una mujer enferma? (CON FURIA CONTENIDA.) ¿Dónde estaba él?

Alfredo: Marta... el señor Proust...

Marta: (CON IRA.) ¡El señor Proust tiene que saber! (BAJANDO LA VOZ.) Para algo es mi amigo. (A PROUST.) ¿Comprende? Alfredo no acudió a mi llamado. (UN SILENCIO.) Pero hay cosas más terribles.

Proust: (HABLA.)

Marta: No; ni siquiera usted podría imaginarlas. (SUSURRANDO ATERRORIZADA.) Me refiero a los peces.

Proust: (HABLA.)

Marta: Sí: los peces. Cientos de peces con ojos sangrientos que quieren llevarme al fondo del mar.

Proust: (HABLA.)

Marta: (HABLA.) No; no hablan con ira. Son suaves y hasta cultos, y uno de ellos

me ha dicho que piensan transportar a los hombres a sus antiguas moradas para convertirlos en esclavos. (ALUCINADA.) Empezarán conmigo. ¿Comprende?

¡Empezarán conmigo!

Proust: (HABLA.)

Marta: No; no me dijeron por qué yo seré la primera. (BAJANDO LA VOZ.) Pero lo sospecho. (SUSURRANDO.) El que manda, que además es el más grande y el más mórbido, suele acariciar mis senos con sus escamas...

Proust: (HABLA.)

Marta: Ya sé que no debo sentir miedo. ¡Pero necesito que alguien me explique todo esto! (ACARICIA LA INVISIBLE MANO DE PROUST.) ¿Podrá hacerlo?

¡Prométamelo!

Proust: (HABLA.) ¡Lo sabía! Es tan bueno estar junto a usted, alivia tanto. (DESOLADA.) Me pasé toda la vida esperándolo, señor Proust, y después de leer sus primeros libros empecé a caminar por los caminos de Mésèglise para ver si le encontraba. ¡Hubiera querido ser la Oriana que le negaba el saludo para que me amara como a ella!

Alfredo: El señor Proust está fatigado, querida. Quizá quiere descansar.

Proust: (HABLA. ENTRA LUCÍA.)

Marta: (A ALFREDO.) ¿Le oíste? ¡Es un hombre maravilloso! Nunca se cansaría. (A PROUST.) Acompañeme, por favor. Ejecutaré para usted la sonata de Vinteuil. (CON INFINITA DELICADEZA.) Pero tendrá que disculpar a esta mala intérprete por profanar una obra tan bella. (MARTA Y PROUST SALEN. ELLA HA ENTRADO EN TRANCE NUEVAMENTE: CIERRA LOS OJOS Y SE AÍSLA DETRÁS DEL MURO PROTECTOR DE LA SONATA; DESPUÉS DESCIENDE AL MISTERIOSO MUNDO DE PECES, LUCES Y SOMBRAS EN EL CUAL PREFIERE VIVIR. SE OYEN LOS PRIMEROS ACORDES.)

Alfredo: (SE ACERCA A LUCÍA Y LA ABRAZA.) ¿Ya lo pensaste? (SIGUE OYÉNDOSE LA SONATA. EL ESCENARIO SE INUNDA DE UNA DENSIDAD ARDIENTE Y FANTASMAGÓRICA.)

Lucía: (CON TEMOR.) ¡La señora!

Alfredo: Decime que sí... Esta noche...

Lucía: (TRATANDO DE SEPARARSE DE ÉL.) ¡No empiece de nuevo! ¡Ella puede oír!

Alfredo: (BURLONAMENTE.) Está entreteniendo a Proust...

Lucía: (SIN MOVERSE.) ¡Déjeme! ¡Me repugna!

Alfredo: (BESÁNDOLA.) No mientas.

Lucía: (SIEMPRE INMÓVIL, CON ANGUSTIA.) ¡Cualquier día de estos va a morirse montado sobre mí!

Alfredo: ¿Soy tan mal amante?

Lucía: Me utiliza para convencerse de que todavía puede.

Alfredo: (MORBOSAMENTE.) Anoche disfrutaste bastante.

Lucía: (CON SADISMO.) Cerré los ojos y pensé que usted no tenía forma.

Alfredo: (MÁS EXCITADO.) ¿Imaginaste que era otro, verdad?

Lucía: (CON GOCE.) Sí.

Alfredo: ¿Ramón, por ejemplo?

Lucía: Ramón, por ejemplo.

Alfredo: (BESÁNDOLE EL CUELLO.) Te gusta.

Lucía: Es atractivo y está siempre en celo.

Alfredo: (CONTINÚA MANOSEÁNDOLA.) ¿Por eso hacen el amor en la cocina?

Lucía: ¡Sí!

Alfredo: (CON ODIO.) Un día de estos voy a matarlos.

Marta: (DESDE EL SALÓN.) Alfredo...

Lucía: (ALEJÁNDOSE DE ÉL BRUSCAMENTE.) ¡Lo llama!

Alfredo: Quiero verte esta noche.

Marta: (CON ANGUSTIA.) ¡Alfredo!

Lucía: ¿No la oyó? ¡Vaya! ¡No la exaspere!

Alfredo: No te preocupes: me llama en sueños. (INTENTA ABRAZARLA.)

Lucía: ¡Déjeme!

Alfredo: Prometeme que me abrirás la puerta.

Lucía: ¡Dije que no! (LO EMPUJA Y SALE CORRIENDO.)

Marta: (GRITA DESGARRADAMENTE.) ¡Alfredo!

Alfredo: (CON IRA CONTENIDA.) Ya voy, "marquesa". (SALE. OSCURIDAD.)

LA COCINA. RAMÓN ESTÁ QUITÁNDOSE EL UNIFORME-DISFRAZ. A MEDIDA QUE TRANSCURRE EL DIÁLOGO SE PONDRÁ ROPA MODERNA. ENTRA LUCÍA.

Ramón: ¿Qué pasa?

Lucía ¡Si no fuera porque es de noche me iba de la casa!

Ramón: ¿Qué le hicieron ahora?

Lucía: El viejo cerdo me toqueteó.

Ramón: (LIBIDINOSO.) También...

Lucía: (CON ODIO.) Y usted es igual que él.

Ramón: No confunda, ricurita. Creo que hay algunas diferencias.

Lucía: (SIN OÍRLO.) ¿Qué pasaría si le contara todo a la "marquesa"? (IMITANDO LA VOZ DE MARTA.) ¿Sabe, adorable señora, que el marqués me aprisiona las tetas con sus manos descarnadas?

Ramón: (FESTEJANDO.) Sería bueno. ¿Por qué no lo hace?

Lucía: Porque perdería el empleo. Pero ganas no me faltan.

Ramón: Avíseme cuando resuelva decírselo: quiero divertirme.

Lucía: ¡Nadie va a divertirse con lo que me causa angustia!

Ramón: (IRÓNICO.) ¿Así que le causa angustia? Vamos...

Lucía: No me gusta que un viejo verde me manosee.

Ramón: (SINUOSAMENTE.) ¿Está segura de que no goza a ese viejo verde por la noche? (LUCÍA LE TIRA ALGÚN OBJETO QUE ÉL ESQUIVA.) ¿Qué le pasa? No se ponga tan nerviosa.

Lucía:(AMENAZADORAMENTE.) ¡Nunca más repita lo que dijo!

Ramón: Está bien. Cálmesese.

Lucía: (A PUNTO DE LLORAR.) ¿Por qué no se va de una vez por todas?

Ramón: A veces no la entiendo. Me habían dicho que existen seres así, inexplicables.

Lucía: No trate de entenderme. Termine de vestirse y hágase humo.

Ramón: No tengo apuro. (UN SILENCIO.) Está muy pálida y parece enferma. Esta gente le está haciendo mucho daño. (CON CAUTELA.) ¿Por qué no se viene conmigo esta noche? Vivo en una casa modesta pero cómoda.

Lucía: No me haga reír.

Ramón: ¿La idea no le gusta, verdad? Yo no soy dueño de una mansión como esta ni tengo dinero.

Lucía: ¡Cállese!

Ramón: Quizá lo que más le atrae de él es la fortuna que va a tener cuando la loca muera.

Lucía: No siga, por favor.

Ramón. (IMPLACABLE.) Confíese que está pensando en la plata. La vieja está muy enferma y no durará mucho. Un día de estos él se quedará con todo y tendremos una nueva "marquesa".

Lucía: ¡Antes me mato!

Ramón: Eso dicen todas. Pero no haga disparates. (BURLÓN.) Uno no debe matarse cuando tiene un futuro tan promisorio.

Lucía: (CON ODIO.) ¡Cállese o le haré despedir!

Ramón: Ya sé que tiene influencias. Pero no las utilice conmigo: no le conviene. (BREVE SILENCIO.) ¿Verdad que en el fondo le gusto? Mire qué músculos. Y tengo vellos como estos en todo el cuerpo.

Lucía: ¡Me da asco!

Ramón: Claro: él viejo es el único que no le da asco. ¿O me va a decir que teniéndola a usted en la casa se acuesta con la loca?

Lucía: (EXASPERADA.) ¡No la llame loca!

Ramón. ¿Así que eso le molesta? Ahora me va a decir que la quiere mucho.

Lucía: Eso a usted no le importa. Y aléjese de mí. No me siento bien.

Ramón: Venga a mi casa, duerma en mi cama y se sentirá mejor.

Lucía: Estoy esperando que se vaya solo. Necesito tranquilidad.

Ramón: (DISPONIÉNDOSE A PARTIR.) Le aconsejo que deje este lugar. Es por su bien.

Lucía: No necesito sus consejos. (RAMÓN SE ACERCA A LA PUERTA.) ¿Y? ¿Se viene? (LUCÍA AMENAZA CON TIRARLE ALGO. ÉL RÍE A CARCAJADAS. OSCURIDAD.)

LA SALA. MARTA ESTÁ SENTADA. ACABA DE FINALIZAR LA IMAGINARIA EJECUCIÓN DE LA SONATA Y CONTEMPLA A PROUST DE SOSLAYO, AVERGONZADA.)

Marta: (A PROUST.) ¿Quiere oírla de nuevo?

Proust: (HABLA.)

Marta: ¡Nunca me aburriría!

Alfredo: El señor Proust está cansado y tiene sueño, querida.

Marta: (A PROUST.) ¿Lo fatigué?

Proust: (HABLA.)

Alfredo: El señor Proust es muy cortés. Pero a ti no te hace bien estar tanto tiempo sentada frente al piano.

Marta: (A PROUST.) ¿Verdad que eso no importa, señor Proust? Dígale a Alfredo que podría pasarme aquí toda la vida con tal de hacerle feliz a usted.

Proust: (HABLA.)

Marta: (CON TERNURA.) Gracias. (UN SILENCIO.) Usted es el único amigo que tengo. Mis días son tan vacíos desde que todos me abandonaron. (CON EL ROSTRO ILUMINADO.) A veces, en el atardecer, me parece verlo venir a lo lejos para quedarse junto a mí. Y paso después toda la noche esperándolo, señor Proust, toda la noche deseando que esté cerca, que me mire, que me oiga. Pero usted siempre está lejos... ¡Será por eso que no puedo dormir!

Proust: (HABLA.)

Marta: (CON MELANCOLÍA.) Sí, ya sé que nacemos y morimos solos. No venimos a este mundo ni nos vamos de él de la mano de nadie. (CON REPENTINA EXALTACIÓN.) ¡Lo importante es que ahora se encuentra aquí! Si la noche no estuviese tan fría podríamos pasear por el jardín.

Proust: (HABLA.)

Marta: (CON TRISTEZA.) ¿Se acostará tan temprano?

Alfredo: (A MARTA.) El viaje hasta aquí fue extenuante. El señor Proust necesita descansar.

Marta: Lo sé (A PROUST.) Pero quiero pedirle un gran favor: no se acueste todavía. (CON TEMOR.) ¿Oye el viento? Me da miedo. (BAJANDO LA VOZ.) Suelen

venir a esta hora.

Proust: (HABLA.)

Marta: ¿No recuerda? ¡Los peces! (CON ANGUSTIA.) Entran a mi habitación cuando Alfredo se acuesta y el castillo está oscuro y silencioso.

Proust: (HABLA.)

Marta: No: no siempre. Pero sí en las noches como esta. ¡Es como si el viento los trajera!

Alfredo: El señor Proust está muy pálido, Marta. Su mirada languidece.

Marta: (ACARICIANDO LA MANO DE PROUST.) ¡Se lo suplico!

Alfredo: (SUAVEMENTE.) No insistas, querida.

Marta: ¡Necesito que me haga ese favor! (A PROUST, CON DESOLADA ANSIEDAD.)
¿Verdad que no me lo negará?

Proust: (HABLA.)

Alfredo: ¿Oíste, querida? Sus ojos se cierran de fatiga. Necesita dormir.

Marta: (HORRORIZADA.) ¿Es posible?

Alfredo: (CON CRUELDAD.) El señor Proust se cansa como cualquier ser humano, querida.

Marta: (A ALFREDO, CON ODIO.) Ya lo sé. (A PROUST, ALUCINADA, BAJANDO LA VOZ.) ¡Háblele! ¡Intente convencerlo!

Alfredo: ¿Qué estás murmurando?

Marta: (A PROUST, SIN PRESTARLE ATENCIÓN A ALFREDO.) Pídale a Alfredo que esta noche no me deje sola. Quiero ir a su cuarto o que él duerma en el mío.

Alfredo: (MOLESTO.) Querida, por favor...

Marta: (SIEMPRE A PROUST.) Le dije mil veces que si durmiera a mi lado los peces no entrarían. Pero duda, no me cree, subestima mi presunción. Por eso nunca duerme conmigo. Y ni siquiera acude a mis llamados cuando me despierto gritando porque estoy a punto de ahogarme en el mar... (CON DESESPERACIÓN.)
¡Háblele, señor Proust! Se lo ruego. A usted le hará caso. Pídale que esta noche se quede conmigo.

Alfredo: (A PROUST.) No puedo dormir acompañado, señor Proust.

Marta: (A PROUST.) Dice que compartir su cama le produce claustrofobia... y que

el médico le aconseja que duerma solo. ¿Verdad que eso no es posible? Un médico no puede impulsar a su paciente a separarse de su mujer... y a odiarla.

Alfredo: (MOLESTO.) Terminemos esta conversación, Marta.

Marta: (A ALFREDO.) ¡No! ¡Voy a contarle todo al señor Proust! (A PROUST.) Le juro que no miento. (RECALCÁNDOLO.) Me odia. ¡Si usted hubiese visto cómo me miró la noche en que tuvo que entrar a mi cuarto porque yo deliraba de fiebre! (ANGUSTIADA.) Nunca olvidaré cómo me traspasaban sus ojos ni con qué odio me miraba, como si deseara que yo no existiera.

Alfredo: El señor Proust va a pensar que soy un monstruo, Marta.

Marta: (A PROUST.) ¿Verdad que me cree? (SUPLICANTE.) Dígame que sí. El odio de Alfredo me persigue con la misma ferocidad con que los peces me martirizan. ¡Lo juro, señor Proust! (BAJANDO LA VOZ, AVERGONZADA.) Muchas noches, para huir de la angustia, estuve a punto de entregarme al pez más grande y descender con él a las remotas profundidades del mar. (CON ANGUSTIA.)

Alfredo nunca me deseó. ¿Puede creer algo así, señor Proust? Jamás vi en su mirada la pasión y el propósito que inundan los ojos de ese pez tortuoso que me asedia. Por eso he pasado todas las noches de mi vida esperándolo a usted. No, no desvíe los ojos, no piense que le miento. Siempre lo he amado, señor Proust, a pesar de que cuando acaricio su mano o contemplo sus ojos me cuesta creer que es un hombre y solo puedo ver un Dios. Debe ser por eso que lo necesito tanto, y que le pediría de rodillas que se quedara a dormir conmigo en la cama donde cualquier noche puedo morir. (CON PÁNICO.) ¿Qué le pasa? ¿Por qué se levantó? ¿Le molestó lo que dije? ¿Por qué se va? (DESGARRADA.) ¡No me deje sola con los peces, señor Proust! ¡No me abandone! (SALE DETRÁS DE PROUST. PAUSA EXTENSA. ENTRA LUCÍA.)

Alfredo: ¿Qué buscás?

Lucía: No le importa.

Alfredo: ¿Por qué estás tan agresiva?

Lucía: (AMENAZADORAMENTE.) No se acerque.

Alfredo: (PLAÑIDERAMENTE.) Pero si yo no quiero hacerte nada.

Lucía: (REMEDIÁNDOLE.) "Pero si yo no quiero hacerte nada". (CON IRA.) ¡Me da

asco!

Alfredo: (LA ABRAZA.) ¿Por qué me decís eso, mi vida?

Lucía: (CON ODIO.) ¡No me diga "mi vida"!

Alfredo: (MORBOSAMENTE.) Anoche no te molestó...

Lucía: No vuelva a mencionar lo que pasó anoche, si es que pasó algo.

Alfredo: (BURLÓN.) Tu memoria es muy deficiente. (LA ABRAZA CON MÁS ÍMPETU.)

Lucía: (CON ANGUSTIA Y SUMISIÓN.) ¡No soporto su frac!

Alfredo: Ella quiere que yo luzca elegante.

Lucía: La tela es demasiado áspera.

Alfredo: (CONTINÚA ABRAZÁNDOLA.) A mí no me gusta tu uniforme.

Lucía: No tengo la culpa de que ella me obligue a usarlo.

Alfredo: A mí también me obliga a ponerme esta porquería.

Lucía: Estamos tan locos como ella.

Alfredo: No me cuesta nada hacerle algunos gustos. El señor Proust se espantaría si me viera con ropa actual. Aunque podría sentirse muy reconfortado si aparecieras con minifalda. ¡Lo bien que te quedaría una pollerita transparente!

Lucía: (SE SEPARA DE ÉL CON BRUSQUEDAD.) ¿Por qué está siempre tan caliente? Parece un animal.

Alfredo: Vos tenés la culpa.

Lucía: Un día de estos voy a contarle todo a la "marquesa".

Alfredo: ¿Qué pasa ahora?

Lucía: (GOZOSAMENTE.) ¡Le diré que me acosa y me lleva a la cama!

Alfredo: ¿No lo harías, verdad?

Lucía: (SIN RESPONDERLE.) "Su marido llama a mi puerta de noche, señora marquesa, y cuando no le dejo entrar..."

Alfredo: (ABRAZÁNDOLA NUEVAMENTE.) ¿Por qué, mi vida? ¿Por qué?

Lucía: "Y cuando no le dejo entrar llega al orgasmo en la puerta. Ensucia todo: la alfombra, el piso, la pared. No crea que eso me produce placer, su excelencia; más bien quisiera escaparme o estar muerta."

Alfredo: (CONTINÚA ABRAZÁNDOLA.) ¿Verdad que no se lo dirás?

Lucía: ¡Lo haré! ¡Así podré vengarme de ella! (GRITANDO.) ¡Sí! ¡De ella! (CON BRUSCA TRANSICIÓN.) Hoy estuvo cariñosa conmigo: ¡me marcó la cara con un látigo!

Alfredo: Hay que tener paciencia, mi vida. Pronto estará bien loca y la internaré.

Lucía: ¿Ve? Todavía hay sangre coagulada. Pero nadie me defendió. Hasta el señor Proust, que suele ser muy gentil, se limitaba a contemplarme con sus ojos calculadores, como si yo fuese una rata y él el rey de la creación.

Alfredo: (BURLONAMENTE.) El señor Proust no te contempló nunca, querida.

Lucía: (CON PÁNICO REPENTINO, COMO SI SALIESE DE UN TRANCE.) Claro. Por supuesto, su excelencia. Claro, señor marqués. (INTENTA HUIR.)

Alfredo: (LA DETIENE.) ¿Adónde vas?

Lucía: Me voy ahora mismo de esta casa.

Alfredo: ¿Estás loca?

Lucía: Loca voy a terminar si continuo viviendo aquí.

Alfredo: ¿Pero adónde irás?

Lucía: No le importa.

Alfredo: Será mejor que esperes hasta mañana.

Lucía: ¿Para que esta noche vuelva a molestarme? ¡No quiero que me toque más! Siento náuseas cada vez que lo hace.

Alfredo: Pero cuando te abro las piernas...

Lucía: ¡Lo castraría! (RISA DE ALFREDO.) ¡Sí! Lo dejaría sin nada ahí! ¡Cómo gozaría viéndole desangrarse! (ALUCINADA.) ¡Y correría a buscar a la "marquesa"! ¡La traería a empujones para que lo viera desnudo y desangrado sobre mis sábanas! (ALFREDO CONTINÚA RIENDO. SU EXCITACIÓN AUMENTA.) Pero no tendré tiempo de hacerlo, por desgracia. ¡Se acabó! (SEPARÁNDOSE.) ¡Suélteme! ¡Le dije que me voy!

Alfredo: (CON PASIÓN.) No te lo permitiré.

Lucía: (TRATANDO DE DESPRENDERSE DE NUEVO.) ¡Nunca más tendrá poder sobre mí!

Alfredo: ¡No podrás irte! ¡No quiero que te vayas!

Lucía: ¿Por qué no confiesa que no le importo?

Alfredo: Vos sos parte de mi vida. (RISA DE LUCÍA.) ¿De qué te reís?

Lucía: (REMEDIÁNDOLE.) "Vos sos parte de mi vida." ¿De qué novela rosa lo sacó?

Alfredo: No quiero quedarme solo con ella.

Lucía: ¿Le teme, verdad?

Alfredo: No.

Lucía: (CON VIOLENCIA.) Confiese que le teme.

Alfredo: (CON ANGUSTIA.) Suele llamarme en el anochecer.

Lucía: (CON TRISTEZA.) Ya lo sé.

Alfredo: ¿La has oído?

Lucía: Sí. (CON RESENTIMIENTO.) También oí todo lo demás.

Alfredo: (ASOMBRADO.) ¿Oías detrás de las puertas?

Lucía: Sí.

Alfredo: ¿Y sentías celos, verdad?

Lucía: ¡Eso no le importa!

Alfredo: (SUPLICANTE.) Decime que sí... ¡Necesito que sea cierto! ¿Verdad que sentiste celos? (LA ABRAZA CON DESEO.) ¿Verdad que te parece horrible que me acueste con ella?

Lucía: (SOLLOZANDO.) ¡Quiero irme!

Alfredo: (CON DESESPERACIÓN.) ¡Decime que es cierto, por Dios! (EXTENSA PAUSA. SE MIRAN CON ODIO Y DESEO.)

Lucía: Y bien. Suponiendo que fuera cierto... Suponiéndolo.

Alfredo: (CON ARDOR.) ¡Mi querida, mi adorada Lucía! (LUCÍA RÍE. ALFREDO LA EMPUJA HACIA LA HABITACIÓN. PAUSA. ENTRA MARTA. LA LUZ EMPIEZA A DECLINAR.)

Marta: Señor Proust... Señor Proust... ¿Es posible que se haya ido sin despedirse y que me haya dejado sola? No. No lo creo. Un hombre como usted no puede hacer eso. ¿Olvidó que lo había invitado a quedarse hasta el lunes? Yo quería que paseáramos juntos por el invernadero, y que viera los cuadros y las reproducciones de catedrales góticas, y que comprendiera que soy su mejor amiga, la que más lo ama... ¿Por qué se fue? El marqués también se ha ido... Y Lucía, a pesar de que nunca sale, tampoco acude a mi llamado. (CON PÁNICO.) El

castillo parece un cementerio del que todos han huido para siempre... (SE OYEN GEMIDOS DE GOCE. EL ESPECTADOR DEBE TENER LA SENSACIÓN DE QUE SON EL RESULTADO DEL ALUCINANTE ACOPLAMIENTO DE DOS ANIMALES. SE OIRÁN HASTA EL FINAL DE LA OBRA.) Oigo, sin embargo, gemidos de goce... (ALUCINADA.) Y a los peces, señor Proust. ¡Los peces! (COMO SI LOS VIERA.) Ya empiezan a llegar para llevarme a las profundidades del mar y convertirme en su reina... ¡Mire! Mi piel empieza a revestirse de escamas... Mis dedos se están transformando en aletas... (GRITA CON ANGUSTIA.) ¡Lucía! (CON FURIA.) ¿Tú te llevaste al señor Proust? ¿Tú lo sedujiste? ¿Alguien lo ha matado? ¡Lucía! No quiero oír esos horribles gemidos... no ahora, que el mar empieza a inundar el castillo y se mojan los divanes, las paredes, las alfombras... (CON TERROR.) ¡Me estoy hundiendo, Dios mío! ¡Voy a morir ahogada! (LA OSCURIDAD ES CASI TOTAL.) El agua me llega hasta la cintura... y sube... y sube... ¡Y no puedo pedir socorro! (OSCURIDAD TOTAL.)

Ricardo Prieto. Correo electrónico: rrpm@adinet.com.uy

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Agosto 2005

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar